

tesis de que todos nosotros fuéramos en realidad cerebros mantenidos vivos en una cubeta de nutrientes, con las conexiones nerviosas conectadas a una supercomputadora que nos suministra toda la información sensorial de nuestro habitual entorno físico. ¿Cómo podríamos saber si lo somos? Esa realidad virtual es en *Matrix* la matriz. Los seres humanos se han convertido en abastecedores de energía para las máquinas, pero, gracias a la ilusión de la matriz, lo ignoran. Algunos de los humanos son “despertados” por un grupo de liberación humana e inician una penosa salida de la caverna platónica. Alguno de ellos prefiere volver a la ilusión, aunque para ello tenga que traicionar a sus compañeros. En uno de los diálogos con los humanos liberados, las máquinas, perfectamente humanas en su apariencia dentro de la matriz, declara que la especie humana ha sido extinguida. La tecnología humana ha “achicarrado la atmósfera” y las máquinas se han tenido que procurar una fuente de energía alternativa a la luz solar. Los hombres se han convertido en fuente de energía de las máquinas. Ellas, afirman fríamente las máquinas, son la especie evolutivamente triunfante.

La mayoría pensamos que esto es llevar las cosas demasiado lejos, pero el hecho de que estas ideas puedan siquiera llegar a plantearse nos muestra no tanto horizontes posibles como algunos de los temores y de los anhelos presentes en la imagen que tenemos de nosotros mismos. Frankenstein *sigillum temporis*. Más que un futuro sombrío, la ubicuidad del mito de Frankenstein es indicio de nuestro complejo presente.

César Antonio Sotelo Gutiérrez

Enrique Macín

*Sueños sin epílogo*

Chihuahua, Ediciones del Azar, 1998

La novela como género es un vehículo ideal para expresar la realidad de la nación, pues permite abarcar en una sola expresión, tanto la realidad visible, como la otra realidad, aquella que se forma de elementos que no están a simple vista. En afinidad con otras manifestaciones artísticas, la novela “es un organismo cultural que cumple con un cometido ideal” (Brushwood, 1993, p. 9). El análisis de la forma en que se cumple o no con este objetivo, brinda una posibilidad de estudio para entender cómo un pueblo capta su realidad. En su capacidad de síntesis de la experiencia humana, la ficción narrativa trasciende los límites de la expresión lingüística, para realizar una profunda reflexión, en la que el pasado se reexamina desde la visión del artista, ser que vive, goza y sufre las consecuencias de lo que generaciones anteriores crearon.

Un novelista, desde su momento vital, analiza y critica el mundo que le toca vivir y en el cual participa, ya sea como un elemento de concientización, creador o destructor de esquemas sociales e ideológicos o simplemente como espejo de su realidad. “Todo escritor es hijo de su época” (Lukács, 1996, p. 314) y su obra necesariamente está condicionada por las circunstancias políticas, económicas y sociales que la conforman, mismas que refleja en su creación. En el caso de la novela, la relación con el entorno que la crea e impulsa, le permite explo-

rar también la parte más profunda de las circunstancias existentes, así como los sueños del individuo y de la sociedad, que trascienden la realidad, pero que también forman parte de ella. Si las novelas se escriben con una visión penetrante, no sólo analizarán el pasado o criticarán el presente, sino que pueden convertirse en una visión del futuro.

El estudio de la novela mexicana contemporánea, en sus múltiples tendencias y temáticas, revela la compleja realidad en que se debate la sociedad a fines del siglo XX. La crisis del sistema político y las instituciones sociales, el fracaso de la economía, son parte de la vida cotidiana del pueblo mexicano, que espera el nuevo milenio sin fe en su destino. En una sociedad que exige cambios radicales en todas las estructuras, los novelistas revelan la descarnada realidad y avizoran un futuro incierto. Su análisis de la problemática nacional actual, se traduce en una narrativa que, mediante distintos caminos, toma conciencia de la trascendencia histórica de su momento.

Esta toma de conciencia no es privativa de la narrativa mexicana contemporánea. Por el contrario, tiene sus raíces en una tradición novelística que desde sus inicios vincula a la literatura con la problemática social. A partir del momento de su nacimiento, la novela se desarrolla en México con una honda preocupación social, atenta al proceso de formación del proyecto nacional, li-

gada a la búsqueda de identidad de los mexicanos. En el devenir de los acontecimientos históricos, la novela se convierte en un vehículo de expresión ideológica, en donde la ficción tiene como propósito metaforizar la realidad del país. De esta manera, la novelística cumple, en algunas ocasiones sin proponérselo, en otras con clara intención, una imprescindible función de crítica social y de valoración histórica, convirtiéndose en un escaparate ideológico y en el vehículo perfecto para externar el pensamiento crítico de la sociedad, a través del arte de novelar. Con ese profundo sentido de compromiso, nace la novela política en México.

En general, y sobre todo en los momentos clave de la historia, la novela mexicana siempre ha estado ligada a la problemática política. Mientras se forjaba la nación, nacía también la novela, comprometida con la inquietud sociopolítica del momento. Joaquín Fernández de Lizardi, el primer novelista de América, transparenta su liberalismo en toda su obra y así, "*El periquillo Sarmiento* puso la tónica de lo que sería durante un siglo, la línea principal de la novelística mexicana y una de las más persistentes orientaciones en la cultura nacional: con afanes de reforma, con interés por educar y mejorar las condiciones morales, políticas y económicas de su patria." (Sefchovich, 1987, p. 25.)

Durante el periodo de la Reforma y los años que le siguieron, los novelistas mexicanos, escindidos en liberales y conservadores, románticos decimonónicos empeñados en exaltar las virtudes de su proyecto de construcción de una nación, siguieron "los mismos caminos que tomaron las opciones políticas del momento: desde la obra de Payno, Inclán y Cuéllar que insistieron en retratar lo mexicano con la perspectiva liberal, hasta el conservadurismo de José María Roa

Bárcena o de Crescencio Carrillo y Ancona". (*Ibidem*, p. 32.)

La novela política encuentra un camino distinto en el siglo XX, después de la Revolución iniciada en 1910. Incubada antes de esa fecha, y con una duración de casi dos décadas, el fenómeno revolucionario afectó todos los ámbitos del país y la narrativa dejó testimonio de los acontecimientos que cambiaron el rumbo político del país, así como del desencanto de los idealistas ante el fracaso de los ideales revolucionarios. Tanto la novela de la Revolución, como la de la guerra cristera, generan novelas políticas que se determinan en función heroica de personajes históricamente conocidos (aunque a veces los hombres aparecen en clave) o de personajes con nombres propios, pero diluidos en un conglomerado social. La diferencia entre ambas está en la capacidad interna de la heroicidad respecto a los personajes: en la novela de la Revolución, ésta se construye "a base de una épica individual; la cristera, en torno a una ideología y a una institución concreta". (Schneider, 1997, p. 93.)

Terminada la lucha y encarrilado el proyecto de modernización del país, una breve aunque poderosa corriente de novela política posrevolucionaria nace con el movimiento de 1968. En ella, se hace patente la crisis del sistema político que hasta ese momento parecía incommovible. Su temática se construye en torno a un estallido y a una explosión social en donde el héroe desaparece y no se determinan instituciones, ya que el movimiento político es promovido por un espíritu colectivo. Por eso esta novelística tiene una estructura más cercana a la crónica y al reportaje.

En el panorama de la novela política en México, de 1980 a la fecha, ha surgido un buen grupo de novelas que tratan el tema, apartándose de los esquemas

tradicionales que habían manejado la novela de la Revolución, la de la lucha cristera o la narrativa del 68. En ellas, la denuncia es concreta y hace referencia al poder económico y político que avasalla al individuo y a la sociedad, sin necesidad de mostrar una definida postura ideológica, pero con plena conciencia de la necesidad de un cambio en el rumbo político de la nación. La localización espacial de trama es en México, en la capital o en la provincia, aunque esto no limita su capacidad imaginativa. Son obras en las que el autor realiza un cuidadoso trabajo estético, con "una conciencia vigilante de estructura cuidadosa, de reflexionado estilo, de aprovechamientos, de articulaciones tempo espaciales" (*ibidem*, p. 94) que las hacen formar parte de una tendencia de experimentación y actualización narrativa.

El cuestionamiento que el mexicano se hace sobre la realidad contemporánea en todas sus facetas, encuentra su expresión metafórica y simbólica en esta tendencia narrativa, alimentada por la profunda sensación de fracaso que se desprende de los acontecimientos nacionales que el pueblo mexicano ha vivido en las tres últimas décadas del siglo XX. Esta narrativa pujante y audaz, refleja el panorama de la compleja realidad mexicana por medio de una novela política que cuestiona la situación en que se encuentra el estado y las estructuras de gobierno, en el momento en que es patente el fin del sueño revolucionario.

Dentro de esta tendencia se sitúa la novela de Enrique Macín, *Sueños sin epílogo*. Novela de denuncia clara y fuerte, que no pretende señalar una solución a la problemática del país, basándose en una ideología de partido; tampoco tiene el mal gusto de subirse al carro de la hueca y oportunista crítica al sistema tambaleante. Por el contrario, en su texto el autor va más allá del juicio repro-

batorio, y elabora una tesis sobre el origen de la problemática que actualmente destruye al país. Fundamentándose en un hondo conocimiento histórico y en un agudo pensamiento crítico, el autor señala que, luego de ciento setenta y ocho años de vida independiente, México es un fracaso político.

Para proponer su tesis, el autor utiliza uno de los supuestos básicos de la novela histórica: crear personajes en donde “se plasmen destinos individuales tales que se expresen en ellos en forma inmediata y a la vez típica los problemas de la época”. (Lukács, *op. cit.*, p. 354.) Los protagonistas de la ficción son la voz de la sociedad mexicana, seres humanos en los que se hallan estrechamente ligados el destino personal y el destino histórico-social, en una estructura en donde la trama y la relación espacio temporal forman un original esquema cuya finalidad y justificación está en relación con la tesis propuesta por la narración.

Con gran imaginación y una fina capacidad descriptiva, Enrique Macín realiza un claro análisis de la historia política mexicana, en una estructura narrativa que integra cuatro acciones en distinta temporalidad y espacialidad, con el protagonista de cada una de ellas como el hilo conductor que da unidad a la acción novelística. Esta estructura brinda al autor la posibilidad de analizar tres momentos clave en la evolución de la política mexicana: la guerra de Reforma, el Porfiriato y la Revolución y el México contemporáneo. A través de los avatares que mueven a sus personajes, se muestra cómo desde el surgimiento del país a la vida independiente, la política se convirtió en un ejercicio de poder, que fracasó en su intento de estructurar un proyecto de nación en donde se diese el desarrollo armónico de la sociedad. Por ello, la trama se resuelve en un complejo tejido de capítulos, que cuentan cuatro historias diferentes, mismas que se-

paradas podrían integrar tres novelas y un cuento, independientes entre sí. La razón de ligarlas, es que en conjunto realizan un análisis crítico de la historia política del país. Cada una de estas narraciones, que son y no son independientes, aportan un elemento de análisis, que adquiere sentido cuando se conjunta con los demás.

Los sucesos de la trama se desenvuelven en un universo narrativo en donde el espacio y el tiempo forman una relación de secuencias que no siguen un orden cronológico, sino que conforman un juego narrativo que requiere la participación del lector. El manejo del tiempo en distintos espacios, busca la integración en una sola acción de los tres momentos de la historia que constituyen la base del análisis político. Esto se logra por la forma en la que se enlazan las cuatro fábulas de la novela, que tienen como protagonista a un personaje, que es el mismo y a la vez no lo es, en todas las historias: en Toledo se llamará Gutierre; en Querétaro, Santiago; en Chihuahua, Jacobo y en Río Seco nuevamente Gutierre, siempre de apellido Matamoros. Él representa las distintas posibilidades vitales de todo hombre, condicionadas por las circunstancias que le tocaron vivir. En la España del siglo XVII es un aventurero que busca su destino en América; en el México de la Reforma un romántico que sacrifica su vida a un ideal, en el Porfiriato un liberal que cree en el progreso y en la actualidad, un desencantado que no encuentra sentido a su vida. Las acciones de este protagonista múltiple y su relación con la realidad en que se encuentra inmerso, son la pauta para analizar la historia mexicana, enfatizando la evolución de los esquemas políticos.

Como parte de esta revisión histórica, el capítulo cinco, desarrollado en el Toledo del siglo XVII, es un relato a manera de cuento, un ejercicio estilístico

en donde el español revive la grandeza de su época de oro. El solitario capítulo, cuyo tema es la imposibilidad del amor por causa de un conflicto espiritual, fundamentado en la fe religiosa, nos presenta a su protagonista, Gutierre, como el joven decepcionado que buscará en otras tierras un consuelo a su decepción:

Al despertar en la madrugada siente una gran congoja por el sueño pasado, mas lo tiene por aviso del cielo[...] Ofuscado por el sentimiento no puede evitar que las lágrimas salgan de sus ojos. Desea presto retornar a su tierra para después viajar muy lejos, camino de la Nueva España en donde tiene deudos que le darán hospedaje. (Macín, 1998, p. 30).

En los siguientes capítulos de la obra, un conflicto similar se presentará a los personajes que habitan el universo mexicano contemporáneo. El destino y la religión, unidos para determinar las acciones de los hombres. La narración no es sólo un homenaje al sustrato español, formador del pueblo de México; la historia simboliza las luchas espirituales entre el hombre y su conciencia, fruto del sentido religioso y de la pasión, conflictos que por siglos se han presentado a los mexicanos, a causa de esa carga cultural que identifica a México como un pueblo profundamente religioso, y poseedor de una gran pasión hacia la vida.

El análisis histórico y político que realiza el texto con el relato protagonizado por Santiago Matamoros, el cual tiene como escenario la ciudad de Querétaro en 1867, durante los días que duró la heroica defensa que hizo el ejército conservador. Relato romántico, con su protagonista, narra la lucha existencial del hombre cuando se encuentra envuelto en el trágico conflicto de la guerra: los personajes viven los últimos días del imperio de Maximiliano de

Habsburgo, que son a la vez los últimos días del partido conservador. Con un tono trágico, conscientes de la importancia del momento histórico que protagonizan, hacen una amarga reflexión del futuro que le espera a su patria:

Tengo que hacerme una pregunta: ¿valió la pena? Los conservadores somos los vencidos en apariencia, pero en esta guerra la derrota es de todos los habitantes del país, cualesquiera que sea el partido donde se milita [...] La victoria aguarda con trompetas a los liberales y nos vamos a quedar sin hojas de laurel en el país. A su tiempo destaparán la caja de Pandora [...] (Macín, *op. cit.*, p. 155).

La recreación de época, resultado de una acuciosa investigación, produce una de las más bellas páginas de la novela, que brindan dimensión épica a un hecho al que la historiografía oficial ha negado grandeza: el sitio de Querétaro y su defensa por parte de los conservadores, es uno de los más heroicos hitos de la historia de México. La narración también fundamenta la tesis política de la novela, al señalar un suceso clave que no se ha valorado debidamente: El fracaso del sistema político mexicano, empezó con la guerra de Reforma.

En la mañana después de salir el alba, en general Tomás Mejía que sigue enfermo se arrellana en un sillón de su alcoba. Recuerda [...] Nunca olvidaré el decreto del gobierno liberal cuando ganaron la guerra de Reforma. En ese libelo se nos tildó de “execrables asesinos”. El artículo segundo fue un claro ejemplo de odio partidista y aún lo recuerdo de memoria: “El que libertare a la sociedad de cualquiera de estos monstruos ejecutará un acto meritorio ante la humanidad, recibirá una recompensa de diez mil pesos, y en el caso de estar procesado por algún delito, será indultado de la pena que confor-

me a las leyes se le debiera aplicar.” (*Ibidem*, p. 151.)

La fatídica mentalidad unipartidista que domina el panorama político mexicano desde hace más de cien años, apareció en el momento del triunfo liberal en Querétaro. En el cerro de Las Campanas, junto con el emperador y los generales Miramón y Mejía, se asesinó a la lucha de partidos y al espíritu democrático.

El relato protagonizado por Jacobo Matamoros, recupera la memoria del México de fines del siglo XIX, desde los años en que se perfila la modernización y el crecimiento económico, hasta el apogeo del Porfiriato y el inicio del movimiento armado revolucionario. Con influencias del realismo literario del siglo XIX, acorde con el espíritu positivista que inflamó el desarrollo del país, la narración es un homenaje nostálgico al pasado chihuahuense y a los habitantes de esa región, que hicieron productiva a la montaña, la llanura y al desierto. Jacobo Matamoros presenta a toda una generación de mexicanos, es el símbolo del triunfo del liberalismo después de la guerra de Reforma. Gente que forjó su proyecto de nación, para verlo derrumbarse en el furioso incendio revolucionario. Su vida, trágico destino de un hombre a quien le toca vivir un glorioso ascenso y una humillante caída, explica por qué fracasó el proyecto de modernización impuesto por aquellos liberales latifundistas. Un mundo de riqueza y esplendor sustentado en la injusticia social, sólo puede generar resentimiento y odio.

El egoísmo y la ambición de la naciente burguesía terrateniente e industrial, sostuvieron la dictadura que acabó con lo poco que quedaba de las instituciones democráticas. Una vez que el ejecutivo anuló a los poderes legislativo y judicial, la política se convirtió en una lucha interna por el poder.

El gobierno de Porfirio Díaz tuvo una clara tendencia al centralismo, no obstante que la constitución liberal del cincuenta y siete era de corte federal [...] tuvo especial cuidado en que ningún gobernador, presidente municipal o jefe político fuera elegido sin su aprobación [...] La táctica que usó [...] para conformar el Congreso fue la de buscar legisladores que lo apoyaran incondicionalmente. Diputados y senadores eran parte de su juego político [...] En lo que respecta al Poder Judicial sucede algo parecido. Éste pierde su independencia: magistrados y jueces se inclinan ante las órdenes del presidente o los gobernadores. (*Ibidem*, p. 336.)

Los artífices del México porfirista, encerrados en su afrancesada esfera de cristal, fueron sordos a los reclamos populares, creando así su propia destrucción. Con atinada elocuencia descriptiva, Macín evoca el trágico fin de una época, aniquilada por el caos de una revolución sin sentido, revolución que finalmente destruiría a su iniciador y dejaría al país sin una visión política democrática en la cual cimentar la reconstrucción nacional. Las imágenes de los hombres y mujeres que salen de la capital del estado antes del ataque de las tropas villistas, mientras los otrora dueños del país huyen cobardemente, son el amargo final con que se cierra una etapa en la historia de México.

Jacobo llega de improviso a casa de Laura[...] Su rostro refleja ansiedad cuando en la terraza le explica respecto a la evacuación de la capital al día siguiente: Los villistas nos van a copar. Tomaron Juárez por medio de una astuta maniobra y derrotaron en Tierra Blanca al general José Inés Salazar [...] Ha llegado el momento de largarnos[...]

Mañana salen unos trenes por la ruta de Kansas City México y Oriente escoltados por la tropa... (*Ibidem*, p. 470).

Al arribar a la estación ... ven cómo cientos de personas de las más importantes familias, buscan escapar de la guerra civil. El andén es un caos: mujeres históricas dan voces en busca de sus hijos que se les han extraviado, entre el remolino que trata de subir a los convoyes... (*Ibidem*, p. 472).

Un anciano de pelo y barba blancos se le acerca a caballo. Clava sus pupilas azules en Jacobo antes de hablar:

— Coronel Matamoros: hace cuarenta y siete años con los contingentes liberales bajo mi mando recuperamos la ciudad de Chihuahua, que estaba en manos de los reaccionarios. Ahora los tiempos se vuelven contra nosotros y se rebela nuestro mundo.

— Don Luis: todo lo que resta de nuestro mundo viene en esta caravana. (*Ibidem*, p. 478).

El universo narrativo que se crea en Río Seco, lugar situado en el norte de México, abre y cierra la novela, englobando en su contexto a las otras historias. El protagonista es el último de esta saga de héroes y hombres de acción sólo que en el mundo que le tocó vivir a Gutierre Matamoros, la heroicidad sólo existe en los libros de texto y la épica ha cedido su lugar a la picaresca. Gutierre es hombre de pensamiento, mas ha perdido su capacidad de acción; el medio en que vive le impide luchar, pues le ha enseñado que la lucha está perdida de antemano. Su destino contrasta con los otros protagonistas de la novela, mismos que en su momento defendieron sus ideales y sueños. Pero en el mundo en que vive Gutierre ya nada tiene sentido. “Hoy amanecí con la extraña sensación de que he vivido otras existencias con más intensidad que la mía” (*Ibidem*, p. 423) expresará, en un momento de tranquilo dolor, al conocer el resultado de las elecciones presidenciales de 1994, cuando muere en él la esperanza de que en Mé-

xico pueda darse un cambio democrático por la vía electoral.

Enrique Macín convierte a este imaginario y a la vez profundamente real escenario de Río Seco en una alegoría en donde cada situación representa las actuales constantes existenciales de la vida mexicana, mientras los personajes son meras marionetas sostenidas por los hilos del materialismo y el pragmatismo acomodaticio. Cada uno de estos hombres y mujeres representa una posibilidad vital que languidece, la pérdida de sus sueños y sus ideales va a la par con el fracaso del sueño de un México independiente, justo, moderno y próspero, fracaso político del que la ciudadanía plena es responsable, pues “El mexicano ha demostrado más el valor tabernario que el cívico. Le aterra el cambio por ser de índole estática. Teme que un mandato presidencial de otro grupo político resulte más nocivo” (*ibidem*, p. 391).

Es en el contexto de esta narración, que el autor plantea las conclusiones de su análisis sobre la política nacional. En ellas hace patente que la situación que actualmente sufre el país, tiene sus bases en los procesos históricos que desde el momento de la independencia, marcaron a México un camino equivocado para su desarrollo como nación. Para él, la crisis del sistema político es el resultado de una malformación en la conciencia histórica y política del mexicano.

Hay que examinar con todo cuidado los diferentes periodos de la historia de México, para encontrar la causa de nuestros fracasos, tanto políticos como económicos. Para eso, tenemos que hacer a un lado los mitos sagrados de nuestra historia patria. Quitarles el fuero a los personajes intocables, y desterrar de nuestra razón el maniqueísmo que tanto daño ha ocasiona-

do al estudio y análisis de nuestro pasado (*ibidem*, p. 433).

Siguiendo los avatares que mueven a sus personajes, el autor señala cómo desde el nacimiento del país a la vida independiente, la política se ha manejado como un ejercicio de poder que ha fracasado en su objetivo de estructurar un proyecto viable de nación moderna, pero sobre todo, queda claramente establecido que el sistema político mexicano nunca ha conseguido generar un crecimiento armónico y sostenido de la sociedad.

Los mexicanos desde hace tres sexenios hemos visto que cada periodo presidencial termina en la bacarrotta. El actual no creo que sea la excepción. Me preocupa el empobrecimiento paulatino, más constante del pueblo. Año con año aumentan los habitantes a la par de la indigencia... Si crece la mala situación de las finanzas públicas, nos puede llevar desde terribles disturbios sociales hasta una revolución. Por desgracia ésta es la forma mexicana de cambiar las cosas (*ibidem*, p. 465).

En México, nos dice el autor, los cambios políticos nunca se han dado por la vía democrática, sino mediante levantamientos armados, estériles políticamente, pues lo único que han logrado es cambiar las personas en el poder, mas nunca han realizado una modificación a fondo de las estructuras políticas. Sin negar sus aciertos, el saldo negativo que dejó la última de las revoluciones fue el fracaso de la democracia y la libertad política. “Cuando Huerta víctima a Madero en el año trece destruye a la vez los diversos partidos que aceptaba el coahuilense, la plena autonomía de los poderes legislativo y judicial respecto al ejecutivo federal, el respeto a los comicios como expresión de la voluntad del pueblo” (*ibidem*, p. 366).

La ausencia de instituciones democráticas desde el siglo pasado y la falta de conciencia histórica en los mexicanos, han generado un sistema político en donde imperan el presidencialismo, el centralismo y la corrupción, sistema gobernado por un partido que “se ha convertido en una especie de dinastía” (*ibidem*, p. 278). México ha tenido desde 1929 buenos, malos y pésimos gobernantes, pero “la casa reinante sobrevive” (*ibidem*, p. 278). Y si la historia, aunque no se repite, enseña que en México, ante la falta de una formación democrática, la violencia es la única salida que le queda al pueblo cuando se cansa de la explotación y la miseria.

Nación de planes y levantamientos armados, hasta hace poco se creía que las revueltas eran sucesos del pasado remoto. “Mas el levantamiento en Chiapas retorna el pretérito hasta el presen-

te. ¿Tendrá que vivir el país en un círculo vicioso, en dónde por fuerza se acabe siempre una época con violencia? Si esta hipótesis se confirmara y la brutalidad volviera por sus fueros, se demostraría que en México se ha fracasado en el campo de la política.” (*Ibidem*, p. 316).

Novela de múltiples lecturas, regionalista y a la vez hondamente mexicana, en donde se unen un serio estudio histórico y una ficción ágil y audaz en su estructura, *Sueños sin epílogo* expresa el testimonio político del mexicano que al finalizar el milenio, evalúa sus errores para buscar una solución a la grave crisis política, económica y social en que se encuentra la nación, alimentando la esperanza de un cambio que ilumine el panorama sombrío que se vislumbra para México, país que sigue viviendo de sueños sin epílogo.

### Bibliografía

- Aguirre, Eugenio, “La novela histórica en México”, en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, vol. II, núm. 6, México, septiembre-diciembre 1997, pp. 93-100.
- Brushwood, John S., *México en su novela*, México, FCE, 1993.
- Lukács, Geórg, *La novela histórica*, México, Era, 1966.
- Sauvage, Jacques, *Introducción al estudio de la novela*, Barcelona, Laia, 1982.
- Schneider, Luis Mario, *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, México, Nueva Imagen, 1997.
- Sefchovich, Sara, *México: País de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, México, Grijalbo, 1987.

### Premio Antonio García Cubas\*

Es para mí un raro e inmerecido honor que me hayan llamado para hablar en nombre del jurado del premio Antonio García Cubas al mejor libro de Antropología e Historia, que convocan el Conaculta y el INAH. Puesto que no fui designado por los propios miembros del jurado para representarlos, prefiero limitarme a unas pocas impresiones particulares.

Me pareció notable que este certamen no premie a los autores de los libros, sino a los editores de instituciones públicas o empresas privadas, que publican obras de antropología física, an-

tropología social, arqueología, etnología, historia, lingüística, etnohistoria, paleontología, restauración y conservación del patrimonio. Cuando se premia a los editores, se da reconocimiento explícito a sus esfuerzos (a menudo olvidados) en la ardua tarea de concebir, cuidar, realizar y vender buenos libros de historia y antropología. De esta manera el Estado reconoce su función sustantiva de apoyar la producción y difusión de la investigación científica, particularmente la que se refiere a nuestro pasado y patrimonio cultural.

No lo dijo nadie en el jurado, pero buscábamos premiar las tres “b”: que los libros sean buenos, bellos y baratos, de preferencia, porque sólo así cumplen su cometido de llegar al público. Al premiar a los editores y no (sólo) a los autores, el jurado no debía considerar úni-

camente los textos de las investigaciones u obras de divulgación, sino los libros en sí mismos, en su corpórea unidad de texto y materia: soporte, medio, cartón, papel, tipografía, tintas, impresión, encuadernación, portadas, aprovechamiento de solapas, etcétera. Así lo explicita el inciso 10 de las bases del premio: “...se tomará en cuenta tanto el contenido (aporte intelectual, organización, disposición de los materiales) cuanto la calidad de la edición (cuidado, diseño, trabajo de arte e impresión, acabado)”. Según la antigua doctrina cristiana, el hombre, unidad de cuerpo y espíritu, se distingue de las cosas, plantas y animales, que sólo son cuerpo. Los libros, entre todas las cosas, se acercan a lo humano porque tienen cuerpo y también tienen espíritu. En todo caso, en este premio no sólo se galardona el

\* Palabras pronunciadas por Rodrigo Martínez Baracs en representación del jurado durante la ceremonia de entrega del premio Antonio García Cubas, Museo Nacional de Antropología, 13 de octubre de 2000.